

INFLACION Y CRISIS DE ENERGETICOS

UNA AMENAZA CRECIENTE AL CAPITALISMO

Arturo BONILLA

El informe anual del GATT presentado en su última reunión del mes de octubre pasado, señalaba que *"la inflación es el más serio problema que afecta al comercio internacional y, los dos mayores riesgos que enfrentará la economía mundial en los próximos doce meses son la continuación de la inflación mundial y los riesgos que surjan de medidas insuficientes, nacionales e internacionales, para combatirla"*.¹

Esta apreciación del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT) es justa, pero lo que importa es que analicemos cuál es el origen más inmediato del proceso inflacionario mundial así como su desenvolvimiento actual.

El resquebrajamiento que en la actualidad sufre el sistema financiero internacional tiene su origen en la inestabilidad de la moneda que se usa como divisa principal del intercambio internacional: el dólar.

Como se sabe, el debilitamiento del dólar y la pérdida de confianza en la estabilidad de esta divisa se deben a una gran cantidad de factores de los cuales destacamos algunos que a nuestro juicio son de los más importantes:

1. El creciente gasto militar que los EUA han venido realizando para el sostenimiento del imperio norteamericano, ha originado creciente déficit en la balanza de pagos.

¹ *International Monetary Fund*, 12 de noviembre de 1973.

2. Disminución relativa (aunque no absoluta) de la importancia de los EUA en el comercio mundial ante el acrecentamiento de la capacidad competitiva de los países devastados por la Segunda Guerra Mundial, principalmente Alemania occidental y Japón. En 1970 los seis países que en aquel entonces se agrupaban en el Mercado Común Europeo tenía el 31% del comercio mundial y los EUA sólo el 15%.
3. A medida que los gastos militares aumentaban y la participación de EUA en la guerra de Vietnam se desprestigiaba ante el público norteamericano, éste recibió con disgusto el aumento en 10% de los impuestos que Johnson aplicó en 1965 y que Nixon no eliminó, pero que fue insuficiente para hacer frente al aumento del gasto militar, situación que forzó al gobierno norteamericano a recurrir en forma creciente a financiar su presupuesto en forma inflacionaria. El déficit presupuestal se ha acumulado hasta el orden de los 85 mil millones de dólares entre 1966 y 1972.
4. El otro elemento que ha contribuido al déficit de la balanza de pagos de los EUA ha sido la propia expansión de las grandes corporaciones norteamericanas hacia diferentes partes del planeta, en especial a Europa y Canadá, regiones que se han constituido en los principales focos de atracción del capital norteamericano. Ciertamente es que las inversiones privadas a largo plazo permiten la remisión a los EUA de más capital del que salió, pero a corto plazo esto significa una sangría para la economía norteamericana. Es decir, la propia expansión imperialista de los grandes multinacionales también tiene su costo.

El 15 de agosto de 1971, el presidente Richard Nixon, anunciaba cambios muy importantes en la política monetaria, entre ellos, la devaluación del dólar, sin previo aviso, y el establecimiento de medidas proteccionistas en el comercio exterior, además de que se adoptó un programa de emergencia por 90 días congelando los salarios. Las medidas tomadas eran sumamente enérgicas y sin paralelo en la historia reciente de los EUA. El objetivo era corregir el déficit de la balanza de pagos norteamericana en un plazo relativamente breve, el cual se fue acrecentando vertiginosamente en 1965, a partir de la intervención masiva del ejército norteamericano en Vietnam.

Las drásticas medidas de Nixon no fueron suficientes para detener el déficit de la balanza de pagos y fue necesaria aún otra devaluación del dólar en febrero de 1973, a fin de abaratar las exportaciones norteamericanas y encarecer las importaciones de otros países.

Pero a su vez, y ya antes y después de las medidas de política norteamericana del 15 de agosto de 1971, el gobierno de los EUA había estado presionando principalmente sobre los gobiernos de Alemania

occidental y Japón a fin de que colaboraran más en la defensa del sistema capitalista, distribuyendo más equitativamente dicho gasto entre las burguesías de los países capitalistas desarrollados y que, hasta entonces, había sido financiado principalmente por el gobierno norteamericano.

Alemania y Japón en mayor medida que otros países capitalistas desarrollados, aceptan colaborar con los EUA en esa tarea, tanto por el temor a lo que significaría políticamente el colapso de la posición norteamericana, la que podría transformarse en una amenaza a su propia existencia como burguesía —aquí hubo un acuerdo por conveniencia de clase burguesa—, como por el temor a una guerra económica que el gobierno de Nixon estaba dispuesto a desatar a fin de obligar a las burguesías alemana y japonesa a ceñirse a sus condiciones, guerra económica que por otro lado perjudicaría en poco a los capitalistas norteamericanos pero en mucho a las burguesías europeas y japonesa.

En estas condiciones económico-políticas, los gobiernos alemán y japonés aceptaron colaborar con los EUA en la defensa del sistema capitalista, a través de las revaluaciones del yen y del marco con lo cual se abarataban, entre otras, las importaciones alemanas y japonesas de productos norteamericanos, y se encarecían principalmente las exportaciones alemanas y japonesas a los EUA.

El objetivo perseguido por el gobierno de Nixon —de lograr un superávit en la balanza de pagos de los EUA— no se consiguió ni en 1971 ni en 1972, sino hasta 1973 en que se observa una recuperación de la posición norteamericana. Durante los nueve primeros meses de ese año el superávit en la balanza de pagos fue de 1 000 millones de dólares.² A este resurgimiento temporal habría que añadir la disminución del gasto militar norteamericano en Vietnam que, aunque continúa, ha disminuido un tanto a raíz del retiro del grueso de las tropas norteamericanas.

Sin embargo, la recuperación de la balanza de pagos de los EUA se hace en parte a costa de las ganancias que habían logrado las burguesías alemana y japonesa, y que empiezan a transformarse en pérdidas no sólo en virtud de las drásticas medidas de Nixon y de las revaluaciones, sino también a consecuencia de la elevación de los precios del petróleo, que han subido sólo en parte por la política de los árabes, pero sobre todo por los aumentos exorbitantes que han podido establecer las corporaciones petroleras gracias a su enorme poder monopolístico.

La vulnerabilidad de Europa occidental y especialmente de Japón se ha hecho palpable, al ser altamente dependientes de las importaciones de petróleo. Así, el alza del precio del petróleo se suma a todos los factores antes señalados sólo para hacer más crítica la capa-

² *El Heraldo*, 20 de diciembre de 1973.

idad competitiva de Europa occidental y de Japón, poniendo en serio peligro sus respectivas balanzas de pagos.

En otras palabras, el temor expresado por el GATT, se está convirtiendo en una realidad, pues ya Japón y Francia han devaluado sus respectivas monedas como una forma de contrarrestar el deterioramiento de sus balanzas de pagos, y no es de dudarse que otros países entren en el proceso de devaluaciones. De ser correcta esta hipótesis, el sistema financiero se descoyuntaría aún más, lo que traería consigo un aceleramiento de la presente ola inflacionaria que azota al sistema capitalista.

Una cosa si se puede asegurar, el sistema financiero internacional construido con base en los acuerdos de Breton Woods en 1944, se ha roto y el capitalismo ha entrado en una nueva etapa en la que domina la incertidumbre y desconfianza en el dólar, fenómeno que se ve acompañado de una creciente inflación y que se manifiesta en una disminución de la capacidad adquisitiva de las monedas más fuertes, y por supuesto de un mayor aceleramiento de la inflación en aquellos países subdesarrollados en donde este fenómeno es cotidiano y de proporciones muy grandes.

En estas condiciones, se puede afirmar que lo que ocurre a nivel financiero es una forma de manifestación de una contradicción importante del sistema capitalista, la que se desarrolla a nivel de burguesías imperialistas, contradicciones que a lo largo de los últimos 25 años habían pasado a un nivel de poca importancia, pero que a partir de 1968-1970 han cobrado nueva fuerza. El futuro del sistema financiero internacional dependerá del precario equilibrio y luchas sordas que se lleven a efecto entre burguesías imperialistas, así como de las luchas que libren los pueblos del mundo capitalista subdesarrollado, que han sido después de la Segunda Guerra Mundial las luchas sociales a nivel internacional más importantes y en parte causantes del desequilibrio del sistema financiero internacional.

Íntimamente conectado con la inflación internacional, está un hecho de fundamental importancia que hay que hacer notar: el sistema capitalista afronta un riesgo permanente y creciente de sobreproducción de mercancías, que desde 1929-33 se ha paliado más o menos exitosamente a través de políticas keynesianas: producción creciente de armamentos, subsidios al consumo, recurrencia crónica al financiamiento deficitario del presupuesto público, y algo que está íntimamente ligado a la creciente vulnerabilidad del sistema capitalista en su conjunto, a la inflación, consistente en la expansión sin precedentes en la historia del capitalismo del crédito tanto público como privado. Sólo en la última década la deuda pública y privada de los EUA se ha expandido a la astronómica cifra de 900 000 millones de dólares. Esto significa que la sobreproducción latente se amortigua no sólo a través del creciente gasto militar, sino también por el aumento del aparato crediticio, es decir: para que el aparato

productivo funcione a niveles más o menos tolerables de desocupación, se hace necesario vender cada vez más mercancías a plazos que de otra manera no se venderían. La inflación del capitalismo amenaza crecientemente esta alternativa para el sistema, pues cada vez más el aparato productivo funciona en base a promesas de pago. De ahí que la amenaza de una inflación internacional incontrolable se traduzca en posibilidad real, de que se desate una crisis de proporciones muchas veces más grande que la de 29-33 cuando el aparato crediticio no pueda funcionar como un expediente a la sobreproducción.